

El número 11

Jonathan Coe

El número 11

Fábulas que ilustran la locura

Traducción de Mauricio Bach



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Number 11 or Tales that Witness Madness
Viking
Londres, 2015

Ilustración: foto © Getty Images. Montaje de Oliver Munday

Primera edición: enero 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Mauricio Bach, 2017

© Jonathan Coe, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7970-4
Depósito Legal: B. 24008-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*En recuerdo de David Nobbs,
que me mostró el camino*

Porque llega un momento, Michael –se echó hacia delante y le señaló con la jeringuilla–, llega un momento en que la codicia y la locura prácticamente no se diferencian. Casi se podría decir que se convierten en la misma cosa. Y llega otro momento en que la voluntad de consentir la codicia y de convivir con ella, e incluso de fomentarla, pasa a ser también una especie de locura.

JONATHAN COE, *¡Menudo reparto!* (1994)

La torre negra

Tony Blair dirigiéndose al Congreso de Estados Unidos, 17 de julio de 2003:

«En otra parte de nuestro planeta, se extienden las sombras y la oscuridad.»

La torre circular se alzaba, negra y resplandeciente, contra el cielo gris pizarra de finales de octubre. Mientras Rachel y su hermano caminaban hacia ella a través del páramo, procedentes del este, aparecía enmarcada por dos escuálidos fresnos sin ninguna hoja. Esa tarde no soplaba nada de viento y faltaba una hora para el anochecer. Cuando llegaron a la altura de los árboles, tuvieron la posibilidad de descansar en el banco que había entre ellos y echar la vista atrás hacia Beverley, que aparecía a media distancia, con sus casas apiñadas y, alzándose en medio de ellas, las dos monumentales torres paralelas de una tonalidad entre gris y crema de la iglesia.

Nicholas se dejó caer en el banco. Rachel —que entonces sólo tenía seis años, ocho menos que él— no se sentó; estaba impaciente por correr hacia la torre negra, por acercarse a ella. Dejó a su hermano descansando y siguió adelante, chapoteando por el lodo pisado por las vacas que rodeaba la base de la torre hasta que logró llegar a ella y pudo apoyar las manos en sus resplandecientes ladrillos negros. Con las palmas de ambas manos pegadas a la torre, alzó la mirada y fue incapaz de asimilar el tamaño y la escala de la construcción, la perfecta e inteligente curvatura que la arqueaba, como una columna vertebral ligeramente ondulada, contra un cielo amenazador en el que ahora

volaban un par de grajos, graznando y dando interminables vueltas en círculo.

—¿Para qué servía esto? —preguntó.

Nicholas, que la había alcanzado, se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá era una especie de molino de viento.

—¿Crees que podremos entrar?

—Está todo tapiado.

La base de la torre estaba rodeada por un banco circular de madera, y cuando Nicholas se sentó en él, Rachel se sentó a su lado y contempló sus claros e indolentes ojos azules, cuya frialdad sólo contribuía a reforzar su felicidad, su orgullo por tener un hermano mayor tan guapo y seguro de sí mismo. La niña tenía la esperanza de que algún día su cabello fuese tan rubio como el de él, su boca tan bien proporcionada y su piel tan aterciopelada y clara. Apoyó la cabeza contra su hombro, todo lo pegada a él que se atrevió a colocarse. No quería hacerse pesada, no quería que él se percatase de que, en esta ciudad extraña y desconocida, él era la única persona que la hacía sentirse segura.

—¿Qué te pasa?, ¿tienes frío? —le preguntó él, inclinando la cabeza para mirarla.

—Un poco. —Ella se apartó ligeramente—. ¿Crees que donde están ellos hará calor?

—Claro que sí. No tendría ningún sentido irse de vacaciones a un sitio frío, ¿no te parece?

—Ojalá nos hubieran llevado con ellos —dijo Rachel con un nudo en la garganta.

—Bueno, pues no lo han hecho. Así que esto es lo que hay.

Siguieron sentados en silencio unos minutos, cada uno digiriendo de nuevo lo mejor que podía el enigma de por qué sus padres habían decidido irse sin ellos en plenas vacaciones escolares. En cuanto el frío empezó a apretar, Nicholas se incorporó de un salto.

—Venga —dijo—. ¿Vamos a echar un vistazo a esa catedral antes de que oscurezca o no?

—Es una iglesia, no una catedral —le corrigió Rachel.

—Qué más da. Será una iglesia enorme, no importa cómo la llares.

Nicholas se puso en marcha con rapidez y Rachel le siguió intentando no quedarse atrás, pero habían recorrido sólo una pequeña parte del camino en dirección a la carretera cuando se detuvieron al ver a lo lejos a dos personas que caminaban hacia ellos. Una de ellas iba en una silla de ruedas: parecía una mujer muy anciana, envuelta en varias gruesas mantas de lana para protegerse del frío de la tarde. Apenas se le veía la cara: tenía la cabeza inclinada como si debido a la fatiga no la pudiese enderezar, y la llevaba cubierta con un pañuelo de seda que le tapaba la mayor parte del rostro. De hecho, cuanto más la miraban los niños, más les parecía que estaba dormida. Su silla avanzaba con ciertas dificultades por el sendero, empujada por un hombre de aspecto joven vestido con un mono de cuero de motorista y que llevaba algo sobre el antebrazo que se balanceaba al caminar. Ese algo al principio no se distinguía bien, pero a medida que se iban acercando se intuía que podía ser —por absurdo que pareciese— algún tipo de pájaro; sospecha que se confirmó de forma repentina y dramática cuando la criatura desplegó las alas, de una sorprendente envergadura, y las batió con languidez, una silueta negra recortada contra el cielo gris, que en ese momento parecía más una híbrida criatura fantástica de la mitología que cualquier pájaro real que Rachel pudiese recordar haber visto en su vida.

Nicholas no se movió y Rachel, pegada a él, le agarró la mano, encantada con el débil apretón de él, sintiendo la frialdad de esa mano desnuda incluso a través de la gruesa lana de sus mitones. Sin saber muy bien qué hacer, contemplaron cómo el individuo del mono de cuero se detenía y le dirigía unas palabras al pájaro, que, obediente, saltaba de su brazo a uno de los mangos de empuje de la silla. Y, con ambos brazos libres, el hombre se aseguró de que la anciana a su cargo estaba

bien abrigada y cómoda, le recolocó las mantas y se las ajustó para que estuviese perfectamente tapada. Después volvió a dirigir su atención al pájaro.

Rachel dio unos pasos hacia delante, tratando de tirar de su hermano.

—¿Qué haces?

—Pensaba que querías seguir avanzando.

—Y quiero. Pero no veo claro que sea seguro.

El hombre había sacado un cordel con algo anudado en la punta y estaba haciéndolo girar sobre su cabeza con largos y lentos movimientos circulares. En ese momento no pasaba ningún coche por la carretera y la tarde era tan silenciosa que los dos niños oían claramente el silbido regular del cordel al girar en el aire. Pudieron incluso oír el batir de las alas del cernícalo (ahora estaba claro que era un cernícalo) cuando éste levantó el vuelo en persecución del señuelo, tratando de atrapar con letal precisión el pedazo de carne fijado en la punta del cordel, que sin embargo siempre se le escapaba, porque el hombre lo balanceaba fuera de su alcance en una sucesión de asombrosas proezas de control y precisión. Cada vez que el pájaro fallaba en su intento de atrapar el trozo de carne, descendía en picado y volvía a ascender abruptamente hacia el cielo hasta alcanzar el límite de la parábola que trazaba, permanecía suspendido en lo alto un instante, giraba y volvía a lanzarse hacia el codiciado pedazo de carne a una velocidad y con una precisión sobrenaturales, para que de nuevo le fuera arrebatado del pico en el último instante.

Después de que ese fascinante ritual se repitiese dos o tres veces, Nicholas y Rachel empezaron a avanzar con cierta prudencia. El hombre estaba plantado justo en medio del camino y hacía girar el señuelo sobre su cabeza, de modo que los niños se vieron obligados a dar un rodeo, alejándose al menos a la distancia suficiente para mantenerse fuera del alcance del oscilante cordel. Pero eso no pareció bastarle al halconero, que, sin perder de vista ni un segundo al pájaro, les gritó furioso:

—Salid de en medio. ¡Salid inmediatamente de en medio!

Pero no fue el tono iracundo lo que sorprendió a los niños. Fue la voz: aguda, estridente e inconfundiblemente femenina. Y ahora que estaban a sólo unos metros de la tensa y concentrada figura vestida con un mono de motorista, era ya obvio que se habían equivocado. Se trataba de una mujer de tal vez unos treinta y cinco años, aunque ninguno de los dos estaba muy versado en calcular la edad de los adultos. Tenía la tez pálida, las mejillas chupadas, el cabello rapado al uno. Llevaba las orejas y la nariz adornadas con todo un despliegue de aros de plata y broches. Un lívido tatuaje entre azul y verde que representaba algo indeterminado parecía cubrirle la mayor parte del cuello. Era, sin duda, la mujer más aterradora que Rachel había visto en su vida. Incluso Nicholas parecía amilanado. Y por si su apariencia no fuese ya lo suficientemente inquietante, estaba además ese furioso tono chillón en su voz ante la temeridad, la insolencia de esos niños que habían osado traspasar lo que ella debía de considerar un espacio de uso exclusivo para ella y el pájaro.

—¡Fuera! ¡Largaos de aquí! —les gritó—. ¡Salid de en medio! ¡Usad un poco la cabeza!

Nicholas apretó la mano de su hermana y giró bruscamente hacia la izquierda para alejarse lo más rápido posible de la zona de peligro. Caminaban tan rápido que casi corrían. Sólo cuando estuvieron a unos seguros veinte metros de distancia de la mujer se detuvieron y se volvieron para echar un último vistazo. Era un cuadro, un instante detenido en el tiempo, que permanecería grabado para siempre en la memoria de Rachel: la Loca del Pájaro (como a partir de ahora la llamaría siempre) haciendo girar el señuelo sobre su cabeza con una energía y una concentración feroces; la inimaginable velocidad y convicción del pájaro cuando se lanzaba sobre su presa y volvía a elevarse, frustrado pero inasequible al desaliento, y en primer plano la anciana en la silla de ruedas, ahora completamente despierta, con los ojos vivos y radiantes mientras seguían los movimientos

del pájaro y los labios pintados de un rojo intenso entreabiertos en una arrobada sonrisa mientras gritaba al cernícalo que se lanzaba sobre su presa:

—¡Vamos, Tabitha! ¡Vamos, atrápala! ¡Lánzate sobre la carne! ¡Lánzate, Tabitha, lánzate!

A Rachel no le gustaba el aspecto de la iglesia. Cuando se acercaban a la entrada por el patio norte eran casi las cuatro y cuarto y en la pequeña ciudad ya empezaba a anochecer. Los finos jirones de niebla que durante todo el día se habían estado deslizando por las calles y entre las casas iban adquiriendo un tono azulado a medida que la luz perdía intensidad, y formaban espirales y se enroscaban alrededor de las farolas y sus difusos halos amarillos. Y ahora empezaba a descender y extenderse una luz azulada tirando a negra más sombría y tenue, que hacía que los muros de la iglesia, mientras Rachel arrastraba sus reticentes pies hacia ellos, resultasen difíciles de distinguir; no eran más que un susurro, una insinuación de la acechante y amenazadora mole de la iglesia. El frío que había empezado a sentir en los pastos de Westwood, mientras estaba sentada a los pies de la torre negra, ahora le calaba los huesos con tal despiadada intensidad que tenía la sensación de que eran de hielo. Por mucho que se apretase la trenca contra el cuerpo recorrido por escalofríos, por muy hondo que metiese las manos en esos bolsillos llenos de envoltorios de caramelos, nada parecía poder protegerla del frío. La mezcla de frío y aprensión no tardó en hacerle aminorar la marcha hasta que finalmente se detuvo, a escasos metros de la puerta de la iglesia.

—¿Y ahora qué pasa? —le preguntó Nicholas, irritado.

—¿Tenemos que entrar?

—¿Y por qué no? Ya que hemos venido hasta aquí...

Rachel permaneció inmóvil. Inexplicablemente, su inquietud ante la perspectiva de cruzar la puerta de la iglesia se inten-

sificaba, convirtiéndose en algo muy parecido al pavor. Nicholas la volvió a tomar de la mano, pero en esta ocasión no había nada tranquilizador en el gesto; simplemente tiró de ella hacia la puerta.

Enseguida cruzaron el umbral hacia la oscuridad. O al menos lo atravesaron para entrar en el pequeño portal, pero antes de que pudiesen adentrarse más sucedió algo sorprendente. Habían dado por hecho que estaban solos en ese estrecho espacio, pero de pronto, sin hacer ningún ruido y sin previo aviso, surgió alguien de la nada, presumiblemente de una de las zonas en sombra de las esquinas. Apareció ante ellos de un modo tan imprevisto, con sigilosos pasos sobre las baldosas, que Rachel no pudo reprimir un grito.

—Disculpa —le dijo el desconocido a la niña—. ¿Te he asustado?

Era un hombre de escasa estatura y apariencia bastante llamativa: el cabello de un blanco albino, su piel tan pálida que resultaba casi transparente y, hasta donde podía ver Rachel, no tenía cejas. Llevaba una desgastada gabardina beige, traje gris claro y corbata marrón muy ancha, de un estilo que pudo estar de moda veinticinco años atrás, en la década de 1970.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó. Su tono era amistoso, pero en cierto modo intimidante. Hablaba con un ligero ceceo que llevó a Rachel a pensar que sonaba como una serpiente.

—Sólo queríamos entrar a echar un vistazo —dijo Nicholas.

—Ahora la iglesia está cerrada —les informó el individuo—. Cierra a las cuatro.

Un calorcillo de alivio recorrió el cuerpo de Rachel. No tendrían que entrar. Podrían dar media vuelta y volver a casa; como mínimo regresar al refugio relativo de la casa de sus abuelos. Se ahorraría esa pesadilla.

—Ah, bueno, de acuerdo —dijo Nicholas, decepcionado.

El hombre dudó unos instantes.

—Venga, os voy a dejar pasar —dijo con una sonrisa y un si-

niestro guiño—. Podéis dar una vuelta rápida de unos minutos. Todavía falta un poco para el cierre.

—¿Está seguro? Gracias, es usted muy amable.

—No hay de qué, hijo. Si alguien os pregunta, decid que Teddy os ha dejado pasar.

—¿Teddy?

—Teddy Henderson. El ayudante de vigilante. Aquí todo el mundo me conoce. —Observó que los niños seguían dudando—. Vamos, entrad. ¿A qué estáis esperando?

—De acuerdo. ¡Gracias!

En un santiamén Nicholas ya había cruzado la puerta que daba acceso al templo, de manera que Rachel sólo tenía dos opciones: seguirlo o quedarse en el vestíbulo con el sonriente señor Henderson. De hecho, sólo tenía una opción. Sin mirar al desconcertante desconocido, respiró hondo y siguió a su hermano.

Desde fuera y en el vestíbulo todo parecía en silencio, pero una vez que Rachel entró en el vasto interior de la propia iglesia, se encontró envuelta por un silencio completamente distinto. Un silencio sobrecogedor. Se detuvo un momento para escucharlo, para absorberlo, conteniendo el aliento. Después dio unos pasos adelante, hacia el pasillo central, e incluso sus ligeras y vacilantes pisadas sonaban invasivas en ese espacio abovedado y silencioso. Miró a su alrededor en busca de Nicholas pero no lo localizó. El frío y la oscuridad la atenazaban. Unos tenues focos proyectaban una débil luz sobre algunas de las paredes y unas titilantes velas colocadas en candelabros iluminaban el púlpito. Pero nada de todo eso lograba atenuar la aplastante sensación de penumbra y sobrenatural silencio. ¿Dónde se había metido Nicholas? Rachel recorrió con paso rápido el pasillo, mirando ansiosa a izquierda y derecha. Su hermano no podía haber ido muy lejos; lo vería en uno o dos segundos, sin duda. Había avanzado ya casi hasta la sillería del coro cuando un ruido repentino la paralizó; el ruido de un golpe, prolonga-